

## CAPITULO XLV

## LOS RUMANOS Y LOS RUSOS DELANTE DE PLEWNA

Consecuencias de las derrotas sufridas por los rusos.—Rusia solicita la cooperacion del ejército rumano y asegura á éste la independencia de su direccion. — Construcción de puentes en Korabia por los rumanos. — Entrevista del emperador Alejandro y del príncipe Carlos en Gorni-Studena, donde éste recibe el mando en jefe del ejército ruso-rumano del Oeste. — Detalles curiosos de esta entrevista. — Disputas en el cuartel general ruso sobre las responsabilidades de esta guerra. — Intento de una acción ofensiva por Osman-Bajá. — Paso del Danubio por los rumanos. — Consejo de guerra en el cual el príncipe Carlos se manifiesta contrario á un ataque inmediato. — Descripción del campamento fortificado de los turcos. — Infructuoso bombardeo durante varios días. — Fracaso del asalto, á pesar de la toma del primer reducto de Griviza. — Pérdidas horribles. — Parte del general Zotof dando cuenta de esta tercera batalla de Plewna. — Algunos detalles característicos acerca de los elementos del ejército de Osman. — Aprestos para un sitio en regla y llegada del general Todleben al cuartel general. — Trabajos de sitio de los rumanos. — El destacamento de Krilof. — Llegada de los refuerzos rusos.

Para formar concepto de la situación crítica en que se encontraba el ejército ruso después de la segunda derrota sufrida en Plewna, preciso es recordar que este descalabro coincidió con los repentinos fracasos de Gurko al otro lado de los Balcanes, de modo que cuando Soliman-Bajá logró reunirse con Mehemed-Alí y Osman Bajá, los rusos se vieron amenazados hasta en su línea de retirada. Ya en 23 de julio había ordenado el emperador desde Biela el llamamiento de 188,000 hombres de las reservas, y á la sazón debían ser movilizados seis nuevos cuerpos de ejército, entre ellos la guardia y el cuerpo de granaderos, y llamados á las armas los reclutas. Pero como había de pasarse algún tiempo antes de que estas nuevas fuerzas llegaran al teatro de la guerra, se suspendió el movimiento ofensivo, se disolvió el destacamento de Gurko, se trasladó el cuartel general de Tirmova á Bulgareni y luego á Gorni-Studena y se solicitó con insistencia la cooperacion, hasta entonces desdeñada, de los rumanos. A consecuencia de negociaciones especiales entre el estado mayor ruso y el rumano, en las que también intervino Bratiano como ministro presidente, reconocióse al ejército rumano la independencia que hasta entonces se le había negado y que no excluía, sin embargo, la acción combinada bajo un plan común. Aquella situación ofrecía muchos puntos de contacto con la del ejército italiano durante la guerra de Crimea, durante la cual Inglaterra quería en un principio la incorporacion en las filas inglesas, pero con la diferencia de que las relaciones de vecindad entre Rusia y Rumanía presentaban á la sazón inconvenientes mucho más graves que las de entonces entre Inglaterra é Italia. Con fecha 6 (18) de agosto escribía el gran duque Nicolás al príncipe Carlos: «Queda entendido que, como se había convenido previamente, el ejército rumano conservará por completo su individualidad y estará, para todo cuanto á cuestiones de detalle se refiere, bajo el mando directo de sus superiores inmediatos.» Aun prescindiendo de que si el ejército rumano hubiese prestado su cooperacion ofensiva desde los comienzos de la campaña, hubiéranse los rusos evitado grandes pérdidas, un nuevo aplazamiento se hacía inevitable; pues el ejército rumano había de pasar el Danubio lo más cerca posible de Plewna, cuando todas las disposiciones hasta entonces adoptadas lo habían sido para una expedición al Oeste, entre Isker y Timok, es decir, á gran distancia de las posiciones rusas. En su consecuencia, la tercera division debía marchar desde Bailechti hasta Korabia, recorriendo no menos de 150 kilómetros. Hasta el día 26 de agosto no

podieron comenzarse las obras de construcción de un puente entre Silichtivara, cerca de Korabia, y Magura, puntos entre los cuales la anchura del río es de 1,240 metros, de modo que el puente con sus anexos tenía más de 3,000 metros de longitud.

El gran duque Nicolás había ya teleografiado el 24 de agosto desde el cuartel general de Gorni-Studena al príncipe Carlos, que se encontraba en Simnitza, que el emperador y él deseaban verle lo más pronto posible, añadiendo que con gusto iría á su encuentro hasta Nicópolis, cuya guarnición entonces solo se componía de rumanos, pero que los acontecimientos le impedirían moverse. El día 28 de agosto llegó el príncipe Carlos al cuartel general ruso, donde se le esperaba con impaciencia: el emperador Alejandro dispénsóle un cariñoso recibimiento, á pesar de que se sentía dominado por cierta tristeza aumentada por un malestar corporal. Los dos soberanos encamináronse á la casita búlgara donde habitaba el emperador, y adonde acudió también el gran duque Nicolás. La conversacion que allí se entabló fué poco afectuosa, pues el emperador parecía abrigar la creencia de que Rumanía trataba de dejar á Rusia en la estacada en el momento del peligro; el gran duque preguntó al príncipe si se proponía encargarse personalmente del mando en jefe de su ejército, á lo que contestó aquel que esto era lo más natural. Diéronle entonces algunas explicaciones acerca de la situación crítica en que se encontraban los tres destacamentos del Oeste (Plewna), del Este (Lom) y del paso de Chipka. El gran duque confesó que las fuerzas situadas en estos puntos eran insuficientes, que los refuerzos que se esperaban de Rusia tardarían bastante en llegar y que por lo mismo era de mucha importancia el pronto paso del Danubio por el ejército rumano. El príncipe Carlos contestó que estaban hechos todos los preparativos y que, por tanto, podía darse comienzo á aquella operacion dentro de muy pocos días. La declaración del príncipe Carlos de que quería mandar por sí mismo á sus tropas dió un tanto que pensar al gran duque, el cual, sin embargo, comprendía que no podía exigirse del príncipe rumano que se pusiera á las órdenes de un general ruso; y habiéndose-lo así manifestado al soberano de Rumanía, éste contestó que seguramente no podía exigirsele tal cosa, pero que en cambio era muy factible poner á algunos generales rusos bajo sus órdenes. Alejandro II invitó al príncipe á que entrase por un momento en la tienda que le tenía preparada y en la que se presentó á poco el gran duque con la noticia de que el emperador le ofrecía el mando del destacamento del Oeste, es decir, del ejército ruso que se había de juntar con los rumanos. El príncipe Carlos, antes de aceptar, quiso conocer exactamente la situación de los rusos delante de Plewna, el contingente efectivo, que los últimos sucesos debían haber debilitado, noticias que fué fácil darle en seguida gracias á la presencia del jefe de estado mayor, general Novitzki, que se encontraba en el cuartel general. Dijo éste que de los cuerpos de ejército 4.º y 9.º quedaban solo 29,000 hombres; pero antes de que le contestara el príncipe Carlos, el gran duque notificó al general que el príncipe de Rumanía se encargaba del mando del ejército que estaba delante de Plewna, noticia que llenó de asombro á Novitzki. Después de esta escena, los soberanos pasaron á una gran tienda donde se les sirvió la comida, durante la cual el príncipe confesó que le daba miedo la gran responsabilidad que echaba sobre sí; pero el emperador, con su espíritu caballeresco, contestóle que tenía entera confianza en el nuevo caudillo y que esperaba en Dios que todo iría perfectamente. Como es natural, el brillante séquito del czar felicitó al príncipe Carlos, á quien se dió como jefe de estado mayor al general Zotof.

Para acabar de caracterizar este estado de cosas por todo extremo memorable, debemos decir que en un gran consejo de guerra que se celebró en 1.º de junio en Ploiesti, antes de la llegada del emperador, y en el cual se determinaron á grandes rasgos las operaciones que debían emprenderse en Bulgaria, el príncipe Carlos abogó decididamente por que se pasara inmediatamente el Danubio y se ocuparan Plewna y Lowcha, á fin de que el ala derecha del ejército ruso pudiera apoyarse en las tropas rumanas. Con la ejecución de este plan tan importante desde el punto de vista estratégico, hubiéranse ahorrado, como más adelante veremos, grandes pérdidas no solo los rusos sino también los rumanos, pues es muy posible que la Puerta, en presencia de un ataque concentrado tan formidable, hubiera aceptado prematuramente condiciones de paz. Los errores hasta entonces cometidos por la dirección militar rusa y las negativas del príncipe Gortschakoff autorizaban plenamente al príncipe Carlos para adoptar la conducta hasta cierto punto altanera que en él hemos visto. Así parecía comprenderlo también el emperador Alejandro II, el cual condujo al príncipe á su tienda, que le regaló después. A la mañana siguiente reinaba en el cuartel general ruso extraordinaria excitación: los personajes más importantes disputaban entre sí acerca de las causas de los fracasos hasta entonces sufridos, y el general Milutin censuraba especialmente al embajador conde de Ignatieff por haber en sus informes apreciado en menos de lo que realmente eran las fuerzas de los turcos y exagerado, en cambio, las de los sublevados, engañando con ello al gobierno, que, fiado en tales datos, no había enviado al teatro de la guerra fuerzas suficientes. Ignatieff, por su parte, sostenía que sus informes demostraban que había presentado á los turcos como perfectamente armados, procediendo todos los fracasos de la defectuosa ejecución de las operaciones. Este espectáculo no fué de escaso interés para el general prusiano Werder, que asistía á la campaña agregado al cuartel general ruso.

El día 30 de agosto regresó el príncipe Carlos á Korabia, donde le esperaban Bratiano y Cogalniceano, y en la mañana del 31 celebróse allí un consejo de guerra en el cual el estado mayor rumano demostró cierta vacilación en punto al inmediato paso del Danubio; pero por fin se decidió que éste comenzara al día siguiente, acordándose al propio tiempo que, en vista de la modificación que era indispensable introducir en la línea de operaciones rumana, cuyo objetivo había sido hasta entonces el valle del Isker y debía ser en lo sucesivo el valle del Vid, se cortaría el puente después de pasar el río y se reconstruiría en Nicópolis. Entretanto recibióse un despacho del gran duque notificando que los turcos de Plewna habían realizado una nueva salida y hecho retroceder á los rusos veinte kilómetros, y excitando nuevamente á los rumanos á que pasasen el Danubio con la mayor prontitud posible. Este movimiento ofensivo por parte de los turcos, que con la fácil toma de Lowcha, antes mencionada, fueron los únicos emprendidos por Osman, redundó en definitiva en provecho de los rusos; en efecto, los turcos, después de haber desalojado á estos de Sgalintche y de haber avanzado hasta Poradim, quisieron atacar á Pelichat, pero fracasada esta empresa tuvieron que replegarse aquella misma tarde á sus primeras posiciones. Esta acción costó á los rusos 250 muertos y 735 heridos, mientras que las pérdidas de los turcos fueron tres veces superiores (1).

Para proteger el paso del grueso del ejército rumano por el Danubio, hallábanse ya en el territorio búlgaro, adonde habían sido conducidos en embarcaciones, algunos destaca-

(1) Véase la descripción detallada de esta salida en *La guerra de Oriente*, por un táctico, cuaderno IV, págs. 33 á 52.

mentos, tales como la primera brigada de la 4.ª division con un regimiento de caballería, tres compañías de ingenieros y toda la segunda brigada. Según parece, esta circunstancia hizo suponer á Osman Bajá el paso verdadero de todo el ejército rumano, razón por la cual quiso llevar á cabo su movimiento de avance antes de que aquel se realizara. El día 1.º de setiembre pasaron por el puente recientemente construido todas las tropas que no habían sido embarcadas y á las cuales debían seguir la artillería y los bagajes. El obispo de Rimnik celebró una misa, terminada la cual el príncipe, rodeado de los ministros y de los presidentes de ambas cámaras, revistó las tropas que á sus órdenes debían emprender la marcha. De regreso á Turnu-Magurele, trasladóse al día siguiente á Nicópolis en un bote, dirigiéndose desde allí al cuartel general de Poradim, donde aquella misma tarde se celebró un consejo de guerra y se decidió acercarse á Plewna en toda la línea, cuya ala derecha debía formar el ejército rumano. El 4 de setiembre el ejército aliado tomó sus nuevas posiciones delante de Plewna. El mando en jefe del ejército de operaciones rumano fué confiado al ministro de la Guerra, general Cernat, quien resignó su cartera en el presidente del consejo, Bratiano, siendo nombrados jefe del estado mayor el coronel Barozzi y de la artillería el general Manu. El general de brigada Lupu mandaba el primer cuerpo de ejército, cuyas dos divisiones estaban á las órdenes del coronel Cherchez la primera y del coronel Logadi la segunda; al frente del segundo cuerpo estaba el general de brigada Radovzi, mandando sus dos divisiones, la tercera y la cuarta, los generales G. y A. Angelesco. El ejército rumano debía conducir al teatro de la guerra seis columnas de municiones con 560 carros de pólvora y siete escuadrones de tren con 1,400 vehículos. El príncipe Imeritinsky y el general Skobelev consiguieron el día 3 de setiembre tomar por asalto la plaza de Lowcha, que defendía Adil-Bajá, y este hecho de armas fué muy á propósito para animar al ejército é incitarle á intentar en seguida un nuevo ataque contra Plewna, adonde llegaron el día 6 las tropas de los citados generales. El ejército aliado constaba entonces de 30,000 rusos con 282 cañones y 35,000 rumanos con 108 piezas de artillería. Estos contingentes se descomponían del modo siguiente: el ruso, en los 4.º y 9.º cuerpos, el destacamento de Imeritinsky, las 4.ª y 9.ª divisiones de caballería y dos batallones de zapadores; y el rumano, en las 3.ª y 4.ª divisiones de infantería, la division de reserva de infantería, la brigada Roschior, dos brigadas de Kalara, un batallón de ingenieros y dos escuadrones de gendarmes.

En otro consejo de guerra el estado mayor ruso defendió la idea de un asalto inmediato de Plewna, empresa de cuyo éxito satisfactorio se dudaba tanto menos cuanto que se sabía que el ánimo de los turcos había decaído á consecuencia de los últimos reveses sufridos y de las malas noticias que recibían del paso de Chipka. El príncipe Carlos se opuso resueltamente á este plan impetuoso, observando que desde fines de julio Osman-Bajá debía de haber aumentado considerablemente su ejército, que ya antes de esto era más fuerte de lo que se había supuesto. La ampliación de sus fortificaciones era innegable, pero aun en el caso de que las fuerzas aliadas se apoderasen de ellas, no era seguro que no hubieran de luchar contra otros obstáculos muy difíciles de vencer antes de la llegada de los refuerzos rusos. El príncipe aconsejó, por tanto, en vez del asalto, que de todos modos había de costar víctimas sin cuento, un sitio en regla y expresó el convencimiento de que, á juzgar por el plano del campamento fortificado delante de Plewna que había estudiado, se necesitaba para aquel asedio un ejército de 100,000 hombres. Comenzaba este campamento en la orilla derecha

del Vid y se extendía en herradura hacia el Sur por Opnetz, Bukova, Greiviza y Radichevo, para terminar al Oeste, hacia Krschin, en la misma orilla derecha del citado río. Aquella serie de fortificaciones en extremo favorecida por la naturaleza, contaba, por lo menos, unos veinte reductos distribuidos en tres líneas, de los cuales el más fuerte y á la vez el más importante para apoderarse de toda la posición era el de Griviza, que los turcos denominaban Abdul Kerim-Tabia. El ejército de Osman-Bajá, aunque compuesto de elementos muy heterogéneos, estaba perfectamente armado con los más modernos fusiles y contaba con un parque de artillería, cuyos cañones eran Krupp en su mayoría. Nada podía, sin embargo, refrenar la impaciencia de los rusos, á quienes, por otra parte, no faltaban razones morales y estratégicas para sentirla, figurando entre las últimas la proximidad del invierno, que dificultaría los movimientos en Bulgaria y haría necesaria una nueva campaña en la primavera siguiente. A esto vino á agregarse la circunstancia de que el gran duque heredero del trono, que en 5 de setiembre había tenido que retroceder desde el Lom negro hasta el Yantra, podía verse seriamente amenazado en su primera línea por Mehemed-Alí y en su segunda por Soliman-Bajá. El príncipe Carlos, que, fuesen cuales fueren sus convicciones, no podía exponerse á que los rusos dudaran de su valor ni del de sus tropas, cedió á la opinión de aquellos, á condición, sin embargo, de que antes del asalto se verificara, durante algunos días, un ataque de artillería con el objeto de quebrantar las posiciones del enemigo. En la noche del 6 al 7 se emplazaron las baterías sin que lo advirtieran los turcos y á la mañana siguiente comenzó aquel ataque con el fuego de 120 cañones rusos y 48 rumanos. Al mediodía se presentó el emperador Alejandro acompañado del gran duque Nicolás y de numeroso séquito y tomó un excelente punto de observación en la meseta que se alza á la izquierda del camino de Bulgareni. Era aquel día aniversario de su coronación, y esta circunstancia, dado el culto que los rusos profesan á las fechas memorables, pudo haber contribuido al afán que sintió el soberano por conquistar laureles.

Por la noche todos convinieron en que los turcos, aunque sorprendidos por el bombardeo, habían contestado á él valerosamente y en que sus posiciones no habían sufrido en lo más pequeño, y se separaron después de decidir que al día siguiente continuaría el fuego de artillería. El emperador volvió con los suyos á su cuartel general de Radenitza y el príncipe Carlos dirigióse al suyo de Poradim. Aprovechóse aquella noche para aproximar las baterías y al día siguiente prosiguió el ataque de artillería más vivo que en el anterior. A la una de la tarde observó el príncipe Carlos que la artillería de la 4.ª división disminuía sus fuegos, acosada por el terrible fuego de fusilería que le hacían desde la estrella del reducto de Abdul-Kerim. El general Angelesco demostró la necesidad de desalojar á los turcos de la referida estrella, ofreciéndose con este motivo ocasión á las tropas rumanas de dar la primera prueba de su valor en la ofensiva. El 13.º regimiento de dorobanzos, apoyado por el primer batallón del 5.º regimiento de línea, asaltó aquella posición y desalojó á los turcos de la estrella á la bayoneta; este triunfo, alcanzado con pérdidas relativamente escasas (16 muertos y 113 heridos), produjo la mejor impresión en el cuartel general ruso; el emperador Alejandro distribuyó entre aquellas tropas no menos de 50 cruces de la orden de San Jorge y el príncipe Carlos confirió á la bandera del 13.º regimiento de dorobanzos la estrella de Rumanía. Cuando se trató de la distribución de aquellas 50 cruces, los oficiales invitaron á los soldados á que indicasen quiénes habían sido los más valientes, habiendo obtenido de ellos esta hermosa res-

puesta, que recuerda á los antiguos romanos: «Los más valientes han sucumbido; solo á ellos corresponde la gloria: los que hemos sobrevivido somos todos iguales unos á otros, pero no iguales á los muertos.»

En aquel mismo día, el destacamento de Imeritinsky, del ala izquierda, atacado de improviso en la cresta de la montaña Verde (1), enfrente de la aldea de Brestovez, perdió 900 hombres. En la mañana del 9, tercer día de cañoneo, convenciéronse los sitiadores de que, á pesar del fuego de artillería que durante una parte de la noche se había dirigido contra los turcos, los atrincheramientos enemigos habían sido completamente reparados; en vista de lo cual el príncipe Carlos, para acercarse lo más posible al campamento turco y cubrir en todo caso su línea de retirada, se esforzó por que se aplazara el ataque por un día, con lo que se declararon conformes los rusos sin oponer grandes dificultades. El día 10 de setiembre, no menos de 320 cañones lanzaron sus proyectiles sobre Plewna, lo cual no fué, sin embargo, óbice para que la artillería turca causase sensibles pérdidas en las artillerías unidas de los sitiadores. Después de un último consejo de guerra celebrado aquella tarde, determinóse el plan definitivo de ataque, que trazaron por la noche el príncipe Carlos y el general Zotof (2).

El día 11 de setiembre era el santo del emperador: un formidable cañoneo de toda la línea saludó á aquella mañana, fría y húmeda, acompañada de niebla y de lluvia. El príncipe Carlos salió de Poradim á las ocho y en compañía del gran duque Nicolás, el menor, y el príncipe Alejandro de Battenberg, se reunió poco después con el emperador. A las once cantóse en celebración del día un *Te-Deum* en la meseta situada á la izquierda del camino de Griviza, y después de aquella ceremonia el emperador, profundamente conmovido, abrazó á su hermano y al príncipe. Aun cuando según el orden de batalla el ataque no debía comenzar hasta las tres de la tarde, á cosa de las dos oyéronse algunos disparos de fusil, cuya causa era el combate que el general Skobelef se había visto obligado á trabar contra los turcos que avanzaban. A las tres, once batallones rumanos, apoyados por tres batallones del regimiento de Arcangelgorod, marcharon sobre el reducto de Griviza. Los turcos dejaron que la columna de ataque se les acercase lo más posible: hallábase ésta, después de haber recorrido 900 metros, en la cumbre de la colina detrás de la cual se alzaba el reducto, cuando se encontró con un segundo obstáculo, consistente en un barranco que se abría delante del frente de ataque y que los sitiadores no habían distinguido. Al llegar estos al otro lado del barranco, cuyo descenso y ascenso ofrecieron grandes dificultades por haber la lluvia reblandido extraordinariamente el terreno, siguieron avanzando sin que fuera bastante á detenerles el terrible fuego que entonces comenzaron á hacer los turcos. Cuando los rumanos hubieron escalado las escarpadas pendientes del segundo valle, encontráronse con otro reducto de Griviza, más fortificado aun que el primero, y que como el barranco no podía ser visto desde el lado opuesto por la naturaleza especial de la cadena de colinas. Ocupaba allí la infantería turca tres fuertes parapetos escalonados, desde los cuales hacía con sus fusiles de precisión y repetición un fuego rápido y mortífero sobre el enemigo. Este pudo, sin embargo, llegar hasta el foso que ponía en comunicación el primer reducto con el segundo; pero viendo que en aquel asalto

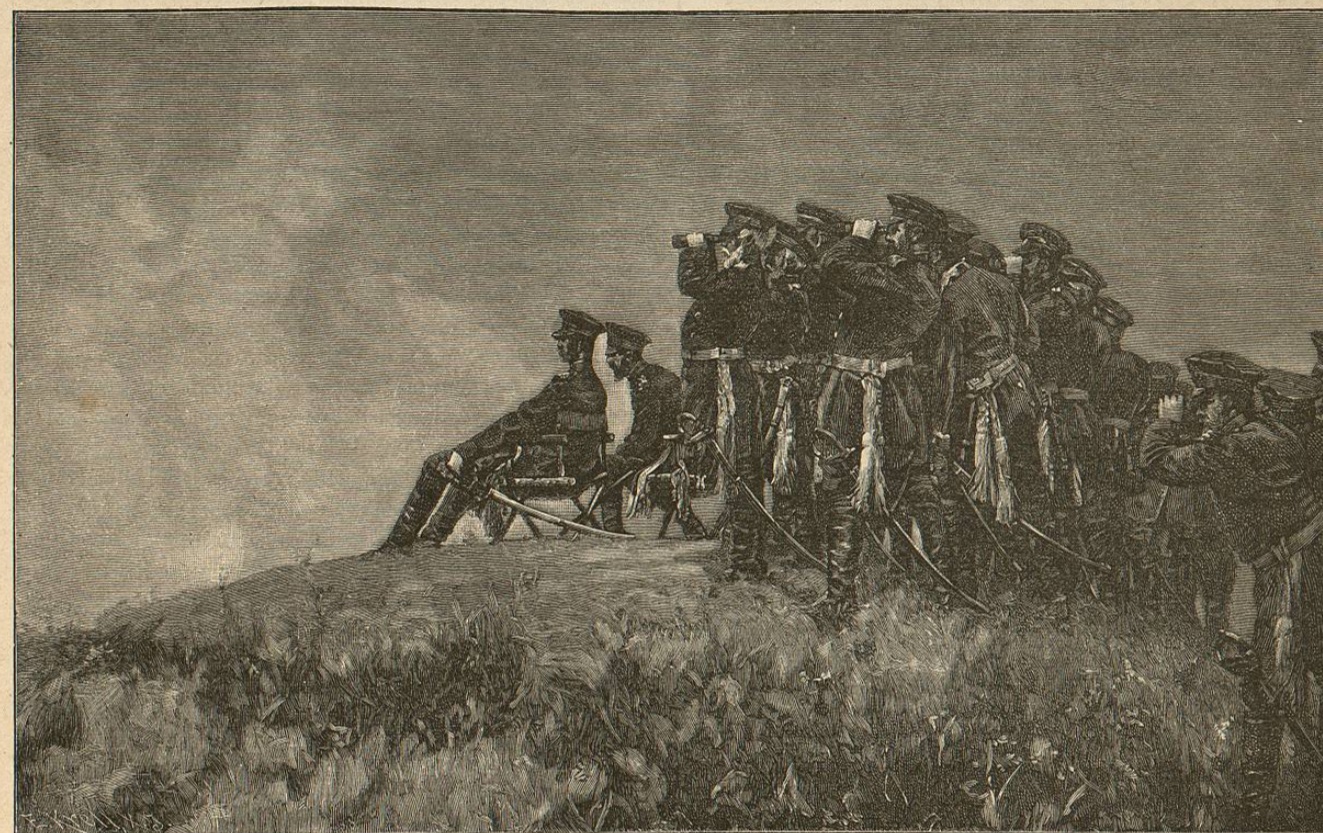
(1) Según Sarauw, pág. 177, dióse este nombre á un conjunto de viñedos separados entre sí por angostos valles.

(2) Véase el texto en la obra *Participación de Rumanía en la guerra de 1877 y 1878*, de T. C. Vacaresco, traducida por Mite Kremnitz, Leipzig, 1888.

habían perecido cuatro batallones, el coronel Angelesco tuvo que ordenar una retirada provisional. Los turcos cometieron entonces toda clase de crueldades, matando y mutilando heridos. No tuvo mejor éxito el ataque del frente Este, confiado á la cuarta división rumana, en cuya línea de fuego se encontraba el príncipe Carlos en persona. La columna rusa que debía apoyar el ataque de los rumanos se extravió á causa de la niebla y llegó demasiado tarde; á pesar de esto combatió heroicamente y con grandes pérdidas, figurando entre estas el jefe del regimiento de Arcangelgorod. Tampoco pudieron ser tomadas las fortificaciones de

Radichevo, que por dos veces atacaron las tropas del general Krylof; y en el ala izquierda pudo tomar, pero no conservar, los atrincheramientos de Krschin.

El príncipe Carlos regresó adonde estaba el emperador y le dijo que las cosas no iban por buen camino, pero que había ordenado un nuevo ataque para aquella noche y no renunciaba á la esperanza de obtener la victoria. Mientras esto le decía llegó á todo escape un ayudante participando que la caballería turca había atravesado la calzada de Griviza y se dirigía contra las posiciones de los rusos. Conjuróse al emperador que se retirara, el cual cuando las escoltas es-



El emperador Alejandro II de Rusia y su estado mayor delante de Plewna durante el sitio  
Copia de un cuadro de A. W. Weretschagin

tuvieron dispuestas abandonó con su estado mayor los puestos de observación. Pronto, sin embargo, se supo afortunadamente que la noticia era falsa, no obstante lo cual el gran duque y el príncipe Carlos pasaron la noche en el campo de batalla. A última hora de aquella tarde lluviosa oyóse nuevo fuego de fusilería, lo cual podía muy bien indicar que había comenzado el ataque nuevamente ordenado, y á altas horas de la noche llegó la noticia de que había sido tomado el reducto de Griviza, apoderándose los aliados de una bandera y cinco cañones. Lo que había sucedido era lo siguiente: á cosa de las siete de la tarde el coronel Angelesco había mandado á sus tropas que emprendieran el cuarto ataque, que esta vez, apoyado en el frente Sur por los rusos, obtuvo un éxito completo. Esta victoria, á tanta costa alcanzada, apenas modificó esencialmente la situación de los rusos y de los rumanos, cuyas pérdidas habían sido de 16,000 y 5,000 hombres respectivamente; las de los turcos fueron calculadas en 8 á 10,000 hombres, la mayor parte de los cuales perecieron en el reducto de Griviza, donde los aliados hicieron terrible matanza. En aquella acción murió el general de brigada Arab-Ahmed y fueron heridos los generales Hassan y Rifaat

Bajá. El emperador Alejandro puso con sus propias manos al príncipe las insignias de la orden de San Jorge. Es muy notable la memoria que sobre aquellos memorables combates trabados delante de Plewna escribió el general Zotof en 29 de octubre de 1877: en ella estima las fuerzas de Osman-Bajá, quizás con alguna exageración, en 80,000 hombres, «soldados fanáticos, perfectamente armados, que disponían además de 120 á 150 cañones de largo alcance;» y añade que no exagera calificando el combate de Plewna, ó de las fortificaciones plewnenses, según generalmente se le denomina, «como uno de los más difíciles trabajos que ha tenido que realizar cualquier ejército europeo de los modernos tiempos, y que solo puede llevar á cabo un ejército, no solamente animado del sentimiento del deber y de gran valor, sino, además, numeroso.» Hermosa justificación del parecer que, como hemos visto, emitió el príncipe de Rumanía en el consejo de guerra ruso y censura del propio que honra al jefe de estado mayor ruso que la pronunció.

Para completar el cuadro que hemos bosquejado, citaremos un fragmento de una carta del corresponsal del *Times*, que encontrándose dentro de las fortificaciones de Plewna pudo